

Eugenia Molina\*

## **Relatos sobre los orígenes de la nación. Un balance historiográfico de la producción argentina sobre el proceso revolucionario desde el Bicentenario**

Los festejos del Bicentenario de la Revolución de Mayo han generado una multiplicidad de producciones científicas y de divulgación que han permitido que el aniversario cumpliera la función social que este tipo de sucesos suele tener como *lugar de memoria* en la reproducción identitaria de la sociedad. En este registro, tanto a partir de la edición de distintos relatos sobre aquélla en los más diversos formatos periodísticos, literarios o científicos, como la creación de ámbitos de discusión en espacios académicos, gubernamentales, radiales y televisivos, ha estimulado un debate que creemos saludable en cuanto ha contribuido a revisar los valores sobre los cuales se ha configurado la nación.<sup>1</sup> Las disímiles voces han apuntado a repensar ese proceso histórico considerado fundador en la mirada de la teleología nacional, y ello ha contribuido a devolverle, al menos en parte, la complejidad que tuvo para sus protagonistas.<sup>2</sup>

Específicamente dentro del campo historiográfico, estas actividades y producciones han ido configurando un consenso acerca de ciertos tópicos respecto de los relatos sobre los orígenes de la nación y la Revolución que se halló en su núcleo. A esta altura ya está claro que la visión teleológica del discurso decimonónico, conservado por hegemónicas

---

\* *Doctora en Historia (Universidad Nacional de La Plata), docente en la Universidad Nacional de Cuyo, investigadora de CONICET. Ha publicado El poder de la opinión. Trayectos y avatares de una nueva cultura política en el Río de la Plata, 1800-1852. Santa Fe: Universidad Nacional del Litoral, 2009. Correo electrónico: eramolina@hotmail.com.*

<sup>1</sup> La reunión de un grupo de especialistas de diversas disciplinas en la Biblioteca Nacional de Buenos Aires en mayo de 2005 que culminó en la compilación de los trabajos presentados (Nun 2005), fue una primera muestra de la productividad de las discusiones cuando recién se iniciaban los preparativos para los festejos del Bicentenario. Del mismo modo, las jornadas realizadas en abril de 2010, ya en pleno año festivo, en el Instituto de Historia Argentina y Americana 'Dr. Emilio Ravignani' de la Universidad de Buenos Aires, dieron cuenta de algunos de los consensos historiográficos a los que nos referiremos en este trabajo. Las ponencias y comentarios de esta reunión en AA. VV. 2011.

<sup>2</sup> La publicación de colecciones de fuentes documentales precedidas por estudios preliminares realizadas por especialistas, ha sido una de las vertientes de la divulgación. No obstante, cabe marcar también el esfuerzo de la Academia Nacional de la Historia por retomar los trayectos biográficos de un puñado de protagonistas de Mayo enfocados en aspectos específicos, intentando un proyecto editorial más complejo y amplio que el de un mero diccionario de personalidades (Academia Nacional de la Historia 2010).

líneas durante gran parte del siglo XIX (Wasserman 2008: 91-107), debe ser reevaluada a la luz de la perspectiva de los actores, de sus experiencias y sus horizontes de expectativas. Así, después de varios años, las exhortaciones de José Carlos Chiaramonte de reconstruir la interpretación de los sucesos sin introducir las miradas del presente por el riesgo de incorporar conceptos ajenos, y por tanto anacrónicos, han dado sus frutos (Chiaramonte 1991, 1997). Sin embargo, este enfoque que busca comprender la especificidad histórica de la Revolución observada en su propio contexto, se ha ido enriqueciendo con otros aportes teóricos, metodológicos y temáticos que han otorgado creciente densidad a la explicación de este revisitado proceso histórico.

En efecto, durante la década de 1990, y en el lustro posterior, se produjo una primera y fundamental renovación historiográfica respecto del proceso revolucionario, vinculada con los aportes que la nueva historia política había generado ya en otros contextos europeos<sup>3</sup> y simultáneamente lo estaba generando en el campo latinoamericano (Annino/Rojas 2010: 132-137). La amplia difusión de los planteos de François-Xavier Guerra conformaron un estímulo claro para el estudio de las prácticas políticas, las representaciones que las sustentaban, los discursos que expresaban éstas y el modo en que ello reformulaba las relaciones sociales. Así, el impacto de *Modernidad e independencias* (Guerra 1992), resulta hoy indiscutible aunque con posterioridad otras investigaciones discutieran algunos de sus planteos. De hecho, en el marco de ese primer impacto, años después el mismo Guerra encabezaba una obra colectiva sobre estudios que aplicaban en diversos espacios iberoamericanos sus hipótesis iniciales sobre la sociabilidad, las modificaciones en las prácticas de lectura y escritura, y la conformación de un “espacio público moderno” (Guerra Lempérière *et al.* 1998).

De esta forma, los lenguajes y las formas de sociabilidad, lo mismo que las modalidades electorales, se convirtieron en un objeto de estudio que aportó una mirada más compleja de la política revolucionaria desde un prisma social y cultural. Si por un lado, las modificaciones en los modos de socialización permitieron pensar para el Río de la Plata cómo las prácticas cotidianas pudieron modificar los imaginarios sociales, y en ello la obra de Pilar González Bernaldo se convirtió en referencia ineludible (González Bernaldo 1999), por otro lado, la recuperación de los lenguajes de la época en sus semánticas atravesadas tanto por los procesos de circulación de las ideas y de apropiación, cuanto por la influencia de las coyunturas facciosas en sus usos, también contribuyó a alejar la visión de la Revolución platense como un proceso monocausal y unidimensional. Respecto de esto último, el camino abierto por los trabajos de Noemí Goldman (Goldman 1992), sigue produciendo reflexiones fundamentales sobre los recursos doctrinarios y discursivos con los cuales, tanto élites como sectores populares, comprendieron y expresaron lo que vivían como un suceso realmente revolucionario, y el modo en que intentaron conjurarlo desde las palabras. Así, una reciente compilación suya conforma una muestra palpable de la trayectoria recorrida por esta línea historiográfica centrada en las transformaciones de los conceptos políticos (Goldman 2008).

<sup>3</sup> Un festejo que ya había estimulado relecturas y renovaciones historiográficas fue precisamente el conectado con el Bicentenario de la Revolución Francesa en 1989. Allí, la potencialidad explicativa de la obra de François Furet abonó un contexto especialmente ávido de un revisionismo crítico del proceso histórico fundante de la Francia contemporánea y el mito de la República (Furet 1977).

Como dijimos, también el análisis de las prácticas políticas se convirtió en tópico clave de la renovación historiográfica, y dentro de ellas, las elecciones fueron preeminentes como foco de atención. En este registro, si la hoy por todos conocida compilación realizada por Antonio Annino mostraba cómo este interés era compartido por historiadores de las más diversas áreas iberoamericanas (Annino 1995), el estudio sobre Buenos Aires de Marcela Ternavasio incluido en aquélla, luego profundizado y ampliado en una obra propia posterior (Ternavasio 1995, 2002), revelaron hasta qué punto estas prácticas contribuyeron en el Plata a construir el poder pero también la legitimidad de unas autoridades que debían llenar el lugar que, con anterioridad, había ocupado el monarca.

Sin embargo, estas líneas abiertas por la renovación de la historia política de la Revolución no sólo hicieron un aporte fundamental a la complejización de la visión de ésta, y continúan haciéndolo, sino que generaron, a su vez, una potencialidad temática y metodológica, abonada por la misma renovación del campo disciplinar debido a las vinculaciones con la antropología y la sociología (Barriera 2002), la cual abrió un abanico de nuevos abordajes, los cuales se consolidaron en el contexto creado por las discusiones en torno de los festejos del Bicentenario.<sup>4</sup>

En este sentido, este trabajo pretende dar cuenta de algunos de estos últimos y el modo en que han multiplicado, a su vez, las posibilidades interpretativas. Sin embargo, también intentamos vincular éstas con la reevaluación de los relatos de la nación a partir de la consideración de las periferias, espaciales y sociales. En este último sentido, abordaremos la cuestión de las relaciones analíticas entre la Revolución y la jurisdicción de Mendoza abordadas por la reciente historiografía, en tanto ponen en discusión la visión tradicional que consideró que el proceso desarrollado en aquélla fue relevante de ser historizado recién cuando San Martín decidió convertirla en puesto estratégico para su campaña libertadora a Chile y Perú.

### **Tópicos y discusiones sobre el proceso revolucionario en clave rioplatense e hispanoamericana**

Un primer elemento a tener en cuenta a la hora de revisar los distintos trayectos por los que ha discurrido la historiografía en el marco de los festejos del Bicentenario, es el de su ubicación en un contexto hispanoamericano. Esta reubicación resulta hoy considerada fundamental en la medida en que si, por un lado, ella devuelve la perspectiva misma de los actores de la época de vivir en un mismo espacio cuya politización corría como reguero de pólvora a través de él, por otro lado, permite destacar la articulación de los debates que se han dado intentando superar los límites impuestos por las actuales comunidades nacionales. En este registro, el número que la revista *Historia Mexicana* dedicó al Bicentenario de 1808, año clave en el que ocurrieron las abdicaciones de Bayona iniciando la crisis de legitimidad de la Corona, es clara muestra de esto, en cuanto la pers-

<sup>4</sup> Una primera agenda de investigación que retomaba los mejores aportes de la historia política de los 90 con vista a los debates del Bicentenario se planteó en las jornadas “Los historiadores y la conmemoración del bicentenario”, Rosario, octubre de 2006, organizadas por la Red de Estudios sobre “Política, cultura y lenguajes en el Río de la Plata durante la primera mitad del siglo XIX” y el Instituto de Historia Argentina y Americana ‘Dr. Emilio Ravignani’.

pectiva de los colaboradores del dossier nunca dejó de tener presente el horizonte imperial y las relaciones regionales que pesaban en él, incluido el desorden institucional de la misma metrópoli peninsular (Piqueras 2008, Annino 2008).

Precisamente, una de las más sólidas propuestas de investigación sobre los procesos revolucionarios en el último tiempo ha apuntado a replantear los vectores sobre los cuales se sustentaron las explicaciones e interpretaciones de los sucesos en torno de 1810. En este registro, hoy se intenta marcar la importancia de revisar tanto los recortes temporales como los espaciales dentro de los cuales se pensaron aquéllos hasta no hace muchas décadas. Así, Sergio Serulnikov ha insistido en un artículo reciente (Serulnikov 2010), en la necesidad de ampliar el lapso de tiempo considerado, en tanto una perspectiva de mediana o larga duración podría aportar elementos que no pueden ser detectados en la coyuntura; del mismo modo, ha reclamado a los historiadores enfoques que tengan en cuenta las articulaciones regionales de esa época, desconociendo por tanto la legitimidad de las fronteras nacionales actuales como marcos de análisis para reconstruir los procesos en su complejidad. De este modo, su apuesta recupera, de algún modo, la insistencia chiaramontana de mirar el pasado en sí mismo, intentando evitar que se lleven a él conceptos y prejuicios presentes. Así, si hubiese que retroceder en las investigaciones no sólo hasta las invasiones inglesas sino más atrás aún, al momento de las movilizaciones altoperuanas y las reformas borbónicas, según Serulnikov sólo la consideración de las relaciones socioeconómicas y culturales vertidas en los espacios regionales, permitiría ver mejor la trama tejida en ellos, entre ellos y en su vinculación con los cuadros administrativos generales.

No obstante, este reclamo de enfoques que se extendiesen hacia atrás respecto de 1810 y que tuviesen en cuenta a la vez lo específico de los ámbitos regionales definidos a partir de las propias relaciones sociales de la época, ya había generado producciones importantes y sugerentes bastantes años antes del Bicentenario, en otros contextos político-ideológicos e historiográficos. En este registro, el fundante trabajo de Tulio Halperín Donghi de comienzos de los setenta, *Revolución y guerra*, había transitado un abordaje en el que la ampliación de los marcos temporales y espaciales, se insertaba en una interpretación que articulaba la mirada regional y general de un modo notable. En su caso, la influencia epistemológica de *Annales* en sus categorías acerca de los diversos ritmos de temporalidad, la descripción analítica del escenario físico y la comprensión de los contenidos y las morfologías de las relaciones sociales, se vinculaba con su intención de atender a un público interlocutor internacional, de allí que la cuestión de la política y de la guerra se ponía en el blanco del estudio (Hourcade 2004).

Sin embargo, debieron pasar varios años para que estas perspectivas de análisis vinculadas con la crisis imperial y la emancipación de sus colonias hispanoamericanas siguieran su desarrollo, al menos en nuestro país. En efecto, un par de décadas después del estudio halperiniano, por un lado, las mismas unidades de análisis y su significación epistemológica generaron todo un debate teórico-metodológico en conexión con el proceso revolucionario. Las problemáticas planteadas a mediados de los ochenta por Eric Van Young fueron, en este sentido, un referente importante en tanto brindaron modelos interpretativos para abordar la Revolución y la guerra de independencia desde la centralidad de la política. Sus estudios insistían en el análisis de la especificidad social, institucional y simbólica de cada unidad territorial seleccionada, atendiendo no sólo a las novedades introducidas por la lucha política sino también a las propias características del

antiguo régimen conservadas en ellas (Van Young 1987: 2001). Las discusiones sobre esas unidades espaciales de análisis a recortar y los fundamentos que sustentaban esos recortes, se desarrollaron intensamente en el campo académico argentino, debatiéndose en torno de las definiciones y distinciones entre historia local e historia regional, y sus respectivos marcos de investigación (Fernández/Dalla Corte 2005).

Pero, por otro lado, varias investigaciones retomaron los planteos halperinianos, articulados, a su vez, con nuevos intereses historiográficos que no dejaban de atender a esos simultáneos debates teóricos sobre los fundamentos metodológicos de los recortes territoriales ensayados. Así, por ejemplo, el estudio de Gabriela Tío Vallejo para la jurisdicción de Tucumán, conformó un buen ejemplo de esto (Tío Vallejo 2002), en cuanto su análisis partía de la aplicación y los efectos locales de las reformas borbónicas, lo que le permitía darle a la politización y militarización posterior, un sólido basamento explicativo. En este registro, su estudio del cabildo y la justicia en un marco de mediana duración que incluía los años tardocoloniales, le ayudaban a explicar qué recursos había podido movilizar la élite local para enfrentar la crisis revolucionaria, tanto a los fines del reclutamiento miliciano y la recaudación fiscal, como del disciplinamiento de las opiniones políticas. Además, su trabajo intentaba delimitar el espacio a partir de las mismas relaciones sociales y económicas de la época, evitando determinaciones a priori, contribuyendo con ello a una mirada que daba cuenta de los circuitos de tráfico mercantil en el cual estaban inmersos los miembros de esa élite y el modo en que ellos fueron afectados por la guerra en el frente altoperuano.

En los años siguientes se multiplicaron los trabajos que intentaron mostrar el proceso revolucionario teniendo en cuenta las especificidades regionales. Junto al citado de Tío Vallejo, hay que marcar los aportes realizados para la comprensión de la complejidad de la sociedad altoperuana y de las jurisdicciones de Salta y Jujuy articuladas intensamente con ella. Los estudios de Sara Mata de López (2000, 2008), en ese contexto, han permitido conocer la trama de relaciones sociales y económicas que sustentaban no sólo a la élite que debió enfrentar la ruptura revolucionaria, y luego la larga y pesada guerra en ese frente, sino también los móviles de acción, prácticas y representaciones de los sectores populares que conformaban el grueso de las tropas y las milicias locales. En su enfoque, entonces, el espacio dejó de ser un simple escenario para el desarrollo de los sucesos, para convertirse en un ámbito construido por las relaciones sociales y a la vez preformador de ellas.

También el análisis de Ana Frega sobre la Banda Oriental conforma una muestra clara de estas perspectivas que devolvieron la complejidad a las interpretaciones del suceso revolucionario al vincular los diversos ritmos temporales (larga, mediana y corta duración), con los matices regionales (Frega 2007). La elección realizada por esta autora de una unidad de análisis significativa, Santo Domingo Soriano, se fundamentó en las posibilidades explicativas creadas por la reducción de la escala de observación para reconstruir las redes de relaciones sociales en sus diversos niveles, del mismo modo que su clivaje a partir de la guerra y la política, complejizada, además, por la presencia siempre conflictiva de los vínculos lusitanos.

Esta intención, no obstante, de repensar los ámbitos regionales en su especificidad pero también respecto de sus interrelaciones, ha generado también productivas investigaciones en el campo de la historia de las ideas políticas y las nuevas perspectivas de la historia del derecho. En este sentido, se ha remarcado la necesidad de descentrar la mirada

de la crisis revolucionaria para sopesar la efervescencia política en áreas que habían sido desplazadas del relato decimonónico centrado en la trayectoria de la nación y enfocado en Buenos Aires como futura cabeza de la Argentina. Las investigaciones de María Cristina Seghesso conforman un ejemplo de ello, en la medida en que no sólo sus estudios sobre las tensiones doctrinarias en la Universidad de Charcas en el período previo a la crisis imperial (Seghesso 2009), sino también aquellos sobre las relaciones entre los sucesos altopereanos de 1809 y el horizonte de expectativas disponible para la élite revolucionaria porteña, han reintegrado esa región a la comprensión general del proceso político virreinal en su desarticulación (Seghesso 2010).

Ahora, si las miradas se han complejizado a partir de la consideración de las relaciones entre los diversos ritmos temporales y las distintas dinámicas espaciales, la incorporación a la investigación de diferentes actores sociales ha resultado enriquecedora para la comprensión más acabada de la conmoción que implicó la ruptura revolucionaria.<sup>5</sup> En este sentido, las teleologías decimonónicas y sus cultores durante gran parte del siglo XX, focalizaron su interés sobre las élites que tomaron las decisiones; no obstante, los más recientes estudios han marcado cómo ellas debieron negociar la obediencia en un contexto de crisis de legitimidad y de autoridad, pero también hasta qué punto los sectores subalternos actuaron más o menos autónomamente en diferentes coyunturas, revelando ser bastante más que comparsas o clientelas de esos grupos conductores. Tanto la plebe urbana como la rural se han convertido, así, en objeto de estudio recurrentemente abordado en los últimos años por los historiadores de nuestro país, ello en vinculación con la renovación teórica y metodológica que la historia “desde abajo”, nutrida a su vez de múltiples influencias disciplinares e ideológicas, ha generado en el campo historiográfico latinoamericano.

Si por una parte la obra de Gabriel Di Meglio sobre la plebe porteña ha sido un referente clave en el análisis de la acción colectiva e individual de estos sectores marginales en el marco urbano (Di Meglio 2007), los estimulantes aportes de Raúl Fradkin han abonado el camino para estos estudios en las áreas rurales (Fradkin 2005). Crecientes compilaciones que reúnen este tipo de abordajes revelan la imposibilidad de pensar ya la Revolución si no es teniendo en cuenta la reconfiguración de las relaciones sociales, de sus preeminencias y sus subordinaciones al calor de las transformaciones institucionales y las reubicaciones socioeconómicas generadas por la guerra. En este registro, estos trabajos permiten ver cómo las negociaciones para construir autoridad atravesaron los más diversos sectores, bastante lejos de una simple polarización élite-pueblo, y cómo distintos actores articularon la construcción de cadenas de mando actuando en roles intermedios, desde curas y milicianos, hasta indios, campesinos y sectores medios que servían de engranajes o eslabones en las relaciones de subordinación (Fradkin/Retto 2008; Fradkin/Gelman 2008; Bragoni 2008, Mata de López 2008).

<sup>5</sup> Nuevamente, esta tendencia de la historiografía argentina responde a una sintonía iberoamericana. Así, estos enfoques para otros espacios revolucionarios se pueden hallar en una serie de obras más o menos recientes que discuten las motivaciones de la participación de los sectores subalternos en cada proceso regional, y las negociaciones que sostuvieron con las élites (Van Young 2001; Thibaud 2003; Pinto/Valdivia 2009). Para el Perú, la bibliografía es vasta, pues incluye desde los productivos planteos de Alberto Flores Galindo hasta la enorme obra de Heraclio Bonilla; no obstante, un trabajo que retoma estas preocupaciones para repensar el rol de las divisiones étnicas en la construcción de la solidaridad subalterna ha logrado una síntesis notable de tan enorme producción (Morán 2010).

De hecho, estos análisis han logrado restituir el papel que la población indígena tuvo en las fronteras del desintegrado virreinato, dando cuenta no sólo de su incidencia en el proceso revolucionario mismo sino también de las dinámicas que éste generó en sus propias reconfiguraciones tribales. En relación con ello, los diversos aportes realizados, por ejemplo, por Silvia Ratto, han integrado a la interpretación general a estos grupos que, como el resto de la sociedad virreinal, se vieron afectados por los clivajes generados por la política y la guerra, pero que además en ciertas áreas constituyeron actores estratégicos mucho más considerados por las élites de la época de lo que fueron después por los historiadores (Ratto 2003; Fradkin y Ratto 2008).

Teniendo en cuenta esta producción, y su relación con modificaciones que en la misma línea se han generado en la historiografía peruana, un reciente artículo de Daniel Morán logra detectar algunos de los núcleos comunes que esta historia “desde abajo” ha aportado a las reflexiones sobre la Revolución en el marco de los festejos del Bicentenario (Morán 2011). En este sentido, considera entre los más importantes para la renovación temática, teórica y metodológica, la intensa militarización y politización de los grupos populares que guerra y Revolución provocaron, la necesidad de atender a las intervenciones políticas negociadas por ellos con las fuerzas en conflicto y, debido a esto, su presencia en ambos bandos en pugna (realistas y patriotas). Así, Morán ha remarcado como fundamental atender al carácter intermitente de las alianzas de los diversos grupos (sociales y étnicos) integrados en el amplio rótulo de sectores populares, entre sí y con esos bandos, del mismo modo que prestar atención a la conflictividad interna a ellos, la cual afectaba las posibilidades y continuidades de una acción colectiva solidaria en tanto dominados.

Los efectos que las citadas politización y militarización generaron en las relaciones sociales no sólo se han convertido en objeto de estudio en relación misma con la integración de los sectores marginales e intermedios en las interpretaciones sobre la Revolución, sino que han estimulado la discusión misma en torno de la premisa *chiaromontana* que partía de considerar que en los años previos y posteriores a 1810 no habrían existido sino dos polos identitarios, el americano y el de la patria chica vinculada con el lugar en el que se había nacido. Así, si bien la refutación que José Carlos Chiaromonte hizo a la tesis decimonónica de una independencia provocada por un germinal principio de nacionalidad, resultó fructífera a la hora de exhortar a los historiadores a mirar a los actores en sus experiencias y sus lenguajes, a medida que avanzaron los estudios comenzaron a relativizarse algunas aristas de sus planteos (Chiaromonte 1989). En este sentido, precisamente, las consecuencias producidas en las representaciones sociales por una militarización generalizada, una polarización política exigida por las mismas autoridades para aislar opositores, lo mismo que los efectos de la pronto estabilizada liturgia revolucionaria<sup>6</sup>, terminaron cimentando identidades nuevas, las cuales se hallaban bien por debajo de la “patria americana” pero también por encima del sentimiento de localidad. Un artículo de Beatriz Bragoni respecto de ello, resulta por demás ilustrativo, en tanto logra mostrar cómo la experiencia compartida en el marco de las fuerzas sanmartinianas creó

<sup>6</sup> La cuestión de la fiesta patria como liturgia para estimular adhesiones y generar nuevas representaciones conectadas con la comunidad política ha sido otro tópico sobre el cual ha discurrido la historiografía argentina conectada con la nueva historia política. Estos estudios tomaron como referente los trabajos sobre la Revolución Francesa (Ozouf 1989). Para el espacio rioplatense se destacó Garavaglia 2000.

nuevos vínculos e imaginarios entre quienes las integraron, revelando hasta qué punto la guerra creó valores comunes (Bragoni 2005).

No obstante, cabe marcar que si la amplia fragmentación temática (y por tanto, teórico-metodológica), y espacial pudo generar en algunos momentos la apariencia de una “historia en migajas” que no lograba dar cuenta de una visión general del proceso, luego de algunos años de intensos estudios micro-analíticos que intensificaron los trabajos empíricos recortando los objetos y reduciendo las escalas de observación, están comenzando a desarrollarse interpretaciones en clave comparativa que logran restituir las relaciones con lo macro. Así, un reciente ensayo de Gabriela Tío Vallejo no sólo logra dar cuenta de las interrelaciones políticas entre las diversas jurisdicciones virreinales y, dentro de ellas, de las dinámicas de las reconfiguraciones sociales, sino que agrega un elemento aún más relevante al reinsertarlas en ese contexto de crisis imperial hispanoamericano del que hablábamos al comienzo de este apartado (Tío Vallejo 2009). En él la autora amplía, incluso, la mirada hacia los años posteriores a la década de 1810, para marcar hasta qué punto los trayectos institucionales durante las autonomías provinciales estuvieron atravesados por la herencia social y política revolucionaria. Este tipo de textos comienza a revelar cómo la historiografía sobre la Revolución en el Plata ha complejizado sus interpretaciones.

Teniendo en cuenta esto, en el siguiente apartado atenderemos a esas renovaciones en un campo historiográfico puntual, en tanto en él los relatos decimonónicos y los efectos ideológicos de ciertas corrientes académicas dificultaron durante un tiempo estas renovaciones.

### **El Bicentenario desde la periferia. Mendoza: de la apología sanmartiniana a la construcción de una mirada de la Revolución desde los márgenes**

La historia de la historiografía de la Revolución en Mendoza estuvo durante mucho tiempo marcada por la impronta dejada por la gestión sanmartiniana en la memoria colectiva. Así, la mayoría de los trabajos más tradicionales hablaban de una villa rodeada de árboles frutales y viñedos con una población “pacífica”, cuyos destinos recién empezaron a ser afectados por los lejanos sucesos porteños cuando San Martín decidió aceptar su cargo como gobernador intendente de Cuyo, con sede cabecera en la ciudad, a mediados de 1814. En este registro, el primer relato del proceso histórico local abierto con la ruptura institucional de 1810, el cual llegaba hasta la segunda mitad del siglo porque en clave teleológica reconstruía el trayecto de la aldea mendocina desde el último tiempo colonial hasta su inserción en la naciente comunidad política nacional posterior a Rosas, ya planteaba aquello de un modo preciso.<sup>7</sup> Así, si bien Damián Hudson describía la serie de acontecimientos que acompañaron la reunión de los cabildos de junio en los cuales la élite decidió seguir la opción porteña y separarse de la obediencia a Córdoba, el centro

<sup>7</sup> Este esfuerzo de Damián Hudson se articulaba con la construcción de una historia nacional a la que cada provincia aportaba algo desde su propia trayectoria particular (Wasserman 2008: 91-107). La misma trayectoria editorial de su escrito da cuenta de su inserción en un proyecto nacional: de publicarlos en el diario mendocino *El Constitucional*, pasó a reelaborarlos para su salida periódica en la *Revista de Buenos Aires*, hasta alcanzar su final sistematización en el formato de libro por la imprenta porteña de Alsina en 1898 (Bragoni 2008: 7-8).



de su atención se enfocó en la presencia de San Martín en Cuyo, sus tensiones con el poder de Buenos Aires y la facción alvearista, y el denodado esfuerzo cuyano para la formación del ejército e, incluso, para su sostenimiento después de su partida en febrero de 1817. Siguiendo ese registro, en escasas catorce páginas de un capítulo que se extendía según su título de “1810 a 1814”, relataba las características sociales de la élite local, la organización institucional y el monopolio que la primera tenía sobre el cabildo en el último tramo colonial, junto con los movidos días de junio y julio en los que se habría impuesto con relativamente fácil éxito la opción revolucionaria. Así, en poco más de una carilla, nombraba a las instituciones del período: los tenientes de gobernador y la Junta subalterna de 1811. De un plumazo, pasaba de la destitución de los funcionarios reales por los cabildos abiertos y la fuerza, a la situación de emergencia en la que San Martín solicitó que se le designara gobernador intendente de Cuyo (Hudson 1931: 1-15).

Este relato de la inserción de Mendoza en el sistema revolucionario enfocado exclusivamente en su aporte a la gesta sanmartiniana continuó durante varias décadas, de modo que el consenso parecía apuntar a la postura de que en esta jurisdicción no había habido revolución en el sentido de transformación social, política e ideológica, hasta fines de ese año en que San Martín arribó a ella. En esta sintonía, el capítulo mismo dedicado a esta provincia en la *Historia de la Nación Argentina* publicada por la Academia Nacional de la Historia, terminó por consagrar el rol que a la ciudad y su campaña cupo en el éxito de la Revolución rioplatense: el de una periferia hasta que la decisión del gran hombre cambió su destino (Raffo 1947: 21-96). En efecto, ya la misma estructura de la obra general pergeñada por Levene, si bien buscaba incorporar la cuestión de las relaciones entre provincias y nación, entre el todo y las partes al decir de aquél, era sintomática de una visión teleológica, por cuanto en los primeros tomos se desarrollaba el proceso histórico nacional, naturalmente centrado en lo ocurrido en Buenos Aires, tocando otros espacios sólo en la medida en que se veía afectada la marcha de la república y la libertad en esa capital. Recién en el tomo X, así, aparecían las historias provinciales, como un complemento del proceso general; y seguramente no debió ser casual que Mendoza encabezara ese tomo, precisamente, por el rol que se consideraba había tenido en la campaña militar que garantizó la desaparición del frente realista al oeste (Ravina 2011).

El texto de Julio Raffo de la Reta, quien tuvo a su cargo la redacción del capítulo respectivo a la ciudad entre 1810 y 1820, del mismo modo que Hudson, dedicó la mayoría de sus páginas al proceso histórico desplegado desde fines de 1814, y la misma organización de su exposición da cuenta de que lo dicho sobre los años previos se explicaba en función del destino grandioso que correspondería a aquella bajo la conducción del futuro general. En este sentido, si dedicaba sendos apartados a la descripción social, económica y cultural de la jurisdicción y a los sucesos “de Mayo” (que en realidad en Mendoza fueron en junio...), ocupaba sólo uno para lo que el autor llamaba “vida independiente”, esto es, la serie de tenientes de gobernador y la Junta que se sucedieron entre 1810 y 1814, centrando una vez más su atención en la creación institucional de la intendencia y sólo citando el censo militar realizado por Terrada como primer gobernador del flamante cuadro administrativo (Raffo 1947: 40-43).<sup>8</sup> De hecho, en ese mismo apretado espacio

<sup>8</sup> Esta operación historiográfica de Raffo se insertaba en el marco de profesionalización de la historia que se estaba produciendo en Mendoza, estimulada tanto por la creación de la Facultad de Filosofía y Letras, simultáneamente con la fundación de la Universidad Nacional de Cuyo a la que pertenecía,

dedicado a esos años, ya incluía parte de la gestión de San Martín, la que además contaba con otros cuatro apartados en la economía del texto; con ello, reforzaba la idea de una difusión revolucionaria tardía para el caso mendocino, más allá de que los sucesos de junio de 1810 habían garantizado la adhesión, digamos formal, a la causa, al aceptar desde ese momento los funcionarios nominados desde Buenos Aires.

Sin embargo, a partir de los años setenta, comenzó a consolidarse en la producción historiográfica local una línea de interpretación bien definida y más compleja sobre el proceso en torno de la ruptura institucional en Mendoza. La trayectoria académica y la influencia de los planteos de Edberto Acevedo y Jorge Comadrán Ruiz reorientaron, en este registro, las explicaciones acerca no sólo de las causas por las cuales la élite mendocina decidió adherirse a Buenos Aires y los efectos que ello tuvo para su devenir político, sino que también intentaron reinterpretar el mismo proceso revolucionario general a la luz de su mirada desde el Interior. Esto los condujo, a su vez, a ampliar el marco temporal en el que estudiaron la Revolución, ya no orientado exclusivamente al gobierno de San Martín, sino incluyendo las causas y los efectos de lo ocurrido en 1810, yendo hacia atrás, hasta los últimos años coloniales.

En este registro, un reciente artículo de Celina Fares no sólo da cuenta de esas particulares interpretaciones que estos investigadores ofrecieron de la Revolución, sino que logra mostrar cómo sus tesis se articulaban con un discurso ideológico y unas redes de relaciones intelectuales que le daban coherencia doctrinaria para discutir lo planteado hasta ese momento por el relato decimonónico liberal (Fares 2011). Según la autora, las interpretaciones de ambos, expuestas en sus ponencias en el “III Congreso Internacional de Historia de América” celebrado en Buenos Aires con motivo del Sesquicentenario de Mayo, se vinculaban con los planteos tradicionalistas e hispanistas de colegas argentinos y españoles que con intención revisionista, pretendían hacer de aquél el eje de una recuperación de la conciencia nacional. No obstante, esta recuperación del mito originario pretendía romper con la visión mitrista y su herencia porteñista conservada por la historiografía liberal, para hundir sus raíces en el legado de España, el cual estaba siendo apropiado en el marco de un amplio proyecto cultural franquista. En palabras de Fares, las estancias académicas para estudios de posgrado tanto de Comadrán Ruiz como de Acevedo en la antigua metrópoli, fueron fundamentales para la comprensión de ese proyecto, y el modo en que luego desarrollaron su interpretación del proceso revolucionario rioplatense e hispanoamericano desde su mirada local. Así, en la Escuela de Estudios Hispanoamericanos, en la Universidad de Sevilla y La Rábida, ellos “se encontrarían con lo que fuera el proyecto imperial del franquismo, que progresivamente iría dejando su carácter político para convertirse en un proyecto cultural centrado en la idea de hispanidad, entendida como un nuevo tipo de nacionalismo de carácter supranacional que podía proyectarse a futuro en función de construir una justificación de su pasado, y que haría cuna en la producción historiográfica cuyana” (Fares 2011: p. 93).

---

ambas en 1939, como por la instalación de la Junta de Estudios Históricos en ese mismo año. Si la primera se abocaría a la formación humanista de quienes se dedicaran a los estudios del pasado, la segunda proveyó tanto de una institución legitimante del campo disciplinar en construcción cuanto de una serie de actividades editoriales que apuntaban a brindar materiales documentales y bibliográficos a los historiadores mendocinos (Pelagatti 1999: 26-46; Fares 2011: 89-90).

Estas consideraciones fueron las que hicieron que, por ejemplo, Comadrán Ruiz intentara explicar la incorporación cuyana a la Revolución rioplatense como una estrategia ascendente de la burguesía local, consolidada a mediados del siglo XVIII cuando habría logrado monopolizar los cargos capitulares, con los resortes financieros y los recursos simbólicos que para el prestigio familiar ello representaba (Comadrán Ruiz 1958). Así, en su argumento se difuminaba cualquier intento independentista y violento en 1810, en un relato que insertaba la acción de la *oligarquía* mendocina en una crisis imperial iniciada en la Península, en cuyo contexto sus miembros habrían aprovechado para cumplir las motivaciones autonomistas respecto de Córdoba, sin que nada tuviera que ver con el quiebre del lazo con la Corona (Comadrán Ruiz 1991).

Acevedo, por su parte, lograba quizá mayor sofisticación en la estructuración de su explicación, en tanto a los elementos explicativos del cabildo y la élite local que trabajaba su colega, sumaba planteos sobre las fuentes doctrinarias que ésta habría tenido como referente a la hora de embarcarse en el viaje revolucionario. En opinión de Fares, esa operación historiográfica le permitía definir posiciones teóricas y opciones en función de la coyuntura, reconociendo que la influencia de la Ilustración francesa y de ideas radicales republicanas se dieron en algunos pocos casos individuales, mientras que la mayor incidencia en el discurso político fue de las tradiciones populistas de los Austrias, y ello en oposición al centralismo borbónico (Fares 2011: 99-101). Además, el historiador había remarcado cómo las ideas ilustradas, aun francesas, adquirieron caracteres específicos en la tradición española, en la cual los jesuitas tuvieron un rol clave como mediadores y difusores (Acevedo 1973).

En definitiva, ambos autores proponían una lectura de la revolución en clave fidelista, en tanto proceso político que engendraba un enfrentamiento civil desarrollado a ambos lados del Atlántico, todo como consecuencia de la crisis imperial desplegada por los Borbones. Pero, precisamente, en los años en que ya se había consolidado la carrera intelectual y universitaria de estos dos historiadores, se publicaba un artículo que si bien mantenía esa tensión entre las ideas tradicionalistas en la línea de la Ilustración española y las radicales de procedencia francesa, daba cuenta de una politización social a la que ninguno de esos dos autores había atendido.

En efecto, el trabajo de Elvira Martín sobre la ruptura que las tendencias saavedristas y morenistas generaron en la élite mendocina resulta por demás interesante, y no sólo porque muestra que la política había corrido por las calles de la supuesta aldea de siestas eternas, sino porque planteaba esta efervescencia para una época bastante anterior a la politización sanmartiniana que la historiografía local se había cansado de resaltar (Martín 1963). Así, su minucioso análisis del expediente que daba cuenta de los conflictos entre dos sectores de la élite nucleados en el cabildo y en la flamante junta subalterna de 1811, revela las precoces e intensas relaciones de ellos con la misma élite revolucionaria porteña, y el modo en que la movilización popular comenzó a ser una opción para lograr el triunfo de una facción sobre otra. La política como experiencia de poder y de tensiones era puesta sobre la mesa de la discusión historiográfica, y ello más allá de los trayectos por los cuales, tanto Comadrán Ruiz como Acevedo, habían intentado conjurarla apelando a argumentos más centrados en lo social y lo jurídico.

Hasta comienzos de los años noventa, sin embargo, las explicaciones de ambos historiadores fueron fundamentales en la elaboración de las interpretaciones que desde la historiografía local se hicieron respecto de las relaciones entre Mendoza y la Revolución,

ello vinculado con el rol hegemónico que habían consolidado a partir de las cátedras de Historia Argentina y Americana en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Cuyo.<sup>9</sup> No obstante, y a pesar de ello, la influencia que los planteos de la nueva historia política tuvieron en la renovación a partir de la década de 1990 fue clave y, en este sentido, no sólo vinieron a complejizar el panorama sobre el rol mendocino en el sistema revolucionario mismo antes de la gestión de San Martín, sino que contribuyeron a revisar este último período.

Una de las líneas que se consolidó fue la que apuntó a analizar la reconfiguración de la élite local, no sólo debido a las movildades ascendentes y descendentes que generó el proceso revolucionario en virtud de la redistribución del poder y los desajustes patrimoniales y financieros, sino también por el efecto que la lucha facciosa provocó. De algún modo, retomando lo mostrado por Elvira Martín a comienzos de los sesenta, diversos estudios intentaron reconstruir la experiencia de la política en plena revolución y guerra.

En esta marco, precisamente, un trabajo de Geneviève Verdo sobre las tensiones entre unanimismo y libertad de expresión en el espacio público mendocino de 1812 (Verdo 1998), traía a estos ámbitos espaciales la cuestión de la configuración de una esfera de discusión como recurso de legitimidad “moderna”, tópico recurrente de la renovación de la historia política hispanoamericana en la clave interpretativa estimulada por François Guerra, como marcamos en el primer apartado. Por la misma época, Beatriz Bragoni insertaba otra mirada de los impactos políticos y sociales que tanto en las prácticas como en las representaciones produjo la marea revolucionaria, en una investigación de larga duración que mostraba a esos efectos a través de un enfoque microanalítico. Así, la trayectoria de una familia que fue construyendo su capital social en el marco de la guerra revolucionaria primero, y la consolidación del Estado provincial y nacional después, era la vía metodológica que le permitió seguir en el marco de esas coyunturas sociales y políticas, la edificación de su preeminencia local y regional como parentela (Bragoni 1999). A su vez, estudios posteriores, utilizando otros prismas de observación tales como los de las transformaciones vividas en la experiencia de la justicia, confirmaron esos reacomodamientos internos de la élite, del mismo modo que la ampliación de las posibilidades reales de ejercicio del poder para actores que hasta ese momento habían estado en los márgenes de ella (Molina 2009).

También la incorporación de actores políticos no considerados hasta ese momento ha sido relevante en la producción historiográfica local. En consonancia teórica y metodológica con las renovaciones no sólo argentinas sino iberoamericanas que hemos marcado, los sectores subalternos de lo que conformaba hacia 1810 la jurisdicción mendocina han sido integrados en las explicaciones sobre la revolución y el modo en que la ciudad y su campaña se articularon en el sistema político rioplatense. En este registro, ha sido fundamental el estudio que Bragoni ha realizado sobre el intento fallido en 1812 de una rebelión de esclavos, la cual si bien fue frustrada por la delación, mostraba, no obstante, cómo la retórica de los derechos había sido apropiada por los sectores plebeyos de la

<sup>9</sup> La consolidación de su hegemonía interpretativa se vinculaba con la misma tendencia ideológica de la institución, pues el conservadurismo liberal que había engendrado la Facultad de Filosofía había sido hondamente afectado desde la Revolución de 1943, al menos, por las tendencias de un nacionalismo reaccionario e integrista que se fortalecería en los años siguientes a través de posturas hispanistas, y autoritarias en algunos casos (Fares 2011: 90-91).

sociedad local y el modo en que ellos la utilizaron para sus intereses emancipatorios, insertándolos en el cuadro del discurso patriótico (Bragoni 2008).<sup>10</sup>

También las investigaciones de Oriana Pelagatti sobre las relaciones entre el clero y la Revolución han sido relevantes para complejizar la visión acerca de la labor de los religiosos en la dinámica política, no sólo como disciplinadores ideológicos a través de sermones, confesiones y lazos personales, sino como mediadores entre la élite y determinados sectores, tal como los indígenas de la frontera sur de Mendoza. En este contexto, tanto su estudio sobre el fraile Inalacán y su rol clave en el territorio meridional mendocino, como el dedicado a los capellanes del ejército sanmartiniano (Pelagatti 2006, 2008), han permitido revisar las intensas y nada neutras vinculaciones entre política y religión desde un enfoque micro que aporta elementos reflexivos y empíricos para pensar los procesos en estos aspectos en una perspectiva macro comparativa.

La amplitud de la politización previa al arribo de San Martín conforma hoy, como se ve, un cierto consenso. Incluso, los trabajos recientes revelan el modo en que aquélla atravesó las relaciones sociales, afectando elementos de la experiencia vital tan importantes como el honor y la honra de los vecinos. En este sentido, ya hace unos años se había marcado el modo en que esa politización expresada en la oposición discursiva entre patriotas y godos, estimulada a su vez por cuestiones de necesidad estratégica por las autoridades, había transformado el contenido mismo del prestigio público, reemplazando paulatinamente los criterios étnicos y religiosos (mulato/judío-hereje), por los políticos (godo/sarraceno), como insultos, aún en conflictos de índole cotidiana (Molina 2003). Recientemente, se ha vuelto sobre esto para analizar cómo esa polarización ideológica afectó las relaciones cotidianas generales, sobre todo cuando se articularon con las cuestiones del nacimiento (*ser natural de*) para los peninsulares, e incluso, para los nacidos en otras áreas del Imperio (Molina 2009).

No obstante, también desde el punto de vista del espacio las miradas historiográficas se han modificado, en tanto éste ha dejado de considerarse un mero vector de análisis para convertirse en factor clave de la argumentación. Así, ya no es un simple escenario para la actuación, pues configura un elemento explicativo clave, en la misma sintonía que las producciones historiográficas en otros ámbitos iberoamericanos, en los cuales la reformulación y discusión de la región como unidad de análisis ha sido fundamental para lograr superar los encorsetados límites de los cuadros administrativos provinciales/estatales y nacionales actuales, como marcamos en el apartado anterior.

En este sentido, las investigaciones sobre la trayectoria de los hermanos Carrera, han mostrado cómo los actores se movían en las más diversas extensiones geográficas en busca de recursos humanos, políticos y financieros para concretar sus objetivos coyunturales, de forma que cualquier intento intelectual de respetar las fronteras de hoy haría imposible reconstruir esos complejos entramados relacionales y el modo en que ellos incidieron en los propios procesos institucionales y militares, locales y regionales (Bragoni 2008, 2009). Este tipo de trabajos, del mismo modo que algunos estudios que se han realizado sobre las formas de resistencia al disciplinamiento revolucionario (Molina

<sup>10</sup> Estos estudios que vinculan política y religión se insertan en una línea de investigación ya muy sólida para este período y el espacio rioplatense, campo de análisis que pretendió recuperar el papel de los sacerdotes y los frailes como actores políticos, y de las prácticas y representaciones religiosas como mediadoras de la modernidad política (Di Stéfano 2004; Lida 2006; Ayrolo 2007; Barral 2007).

2009), revelan la imbricación que el devenir político cuyano tuvo respecto del éxito de la causa patriota en Chile, de tal modo que la derrota de Rancagua en 1814 generó un clivaje en el proceso local mucho más allá del anecdótico relato tradicional y apologético de San Martín rescatando a los exiliados que llegaban a Mendoza. Así, hoy resulta claro que las intensas relaciones entre la sociedad mendocina y la chilena, cimentada en siglos de articulación del tráfico mercantil y las migraciones entre uno y otro lado de la cordillera, se complejizaron aún más con el arribo de los patriotas de la Patria Vieja, galvanizando la polarización ideológica que ya se extendía por toda la jurisdicción mendocina para esa época.

De esta forma, la profundización en una mirada regional más allá de los límites provinciales de lo que hoy conocemos como Mendoza, del mismo modo que de un análisis de marcos temporales más amplios que tuvieran en cuenta la intensidad de la politización y las transformaciones previas al arribo de San Martín, han permitido renovar la misma mirada sobre su gestión. En este registro, si la cuestión de las deserciones era ya un tema que había sido abordado en el marco de las tensiones generadas por la guerra revolucionaria en el derecho penal militar y ponía en entredicho la mentada entrega y sacrificios cuyanos (Abásolo 1992), ella fue retomada por los esfuerzos mismos por devolver la complejidad interpretativa sobre la gestión sanmartiniana. Así, la misma figura de San Martín ha recibido sugerentes relecturas (Bragoni 2009), y también lo han hecho los dispositivos de disciplinamiento y organización que movilizó para el éxito de su empresa (Molina 2008, 2009).

A modo de cierre, cabe resaltar la tendencia en el campo historiográfico mendocino hacia el análisis del proceso revolucionario rioplatense general desde una mirada que relee documentos éditos conocidos pero con nuevas preocupaciones temáticas y metodológicas. En este sentido, se ha consolidado una línea que ha buscado retomar actores o sucesos ya trabajados en diversas ocasiones, aunque con otros interrogantes e intereses. Así, la reciente compilación dirigida por Dardo Pérez Guilhou (2010), no sólo ha incluido estudios realizados por historiadores mendocinos centrados en protagonistas habituales de otras regiones pero analizados a través de aristas menos transitadas por los investigadores (tal los casos de Gorriti, Liniers y Castelli), sino que incorpora cuestiones como la sociabilidad y el género, el contenido político de la literatura (poesía y teatro) y los catecismos revolucionarios, y las estrategias discursivas de las memorias de los protagonistas. Del mismo modo, se intenta reconstruir la mirada de los opositores, y finalmente “vencidos”, por la Revolución en un esfuerzo por comprender cómo concibieron la ruptura institucional quienes estaban encargados de reprimirla. En efecto, varios de los trabajos allí reunidos incorporan la riqueza de la nueva biografía, como abordaje para reconstruir procesos políticos, sociales y culturales, del mismo modo que experiencias individuales dentro de las redes de relaciones, las cuales condicionaban, pero también favorecían, determinados trayectos personales en las distintas coyunturas planteadas por el devenir revolucionario.

### **¿Qué nos dejaron los debates historiográficos del Bicentenario?**

Como se ha visto, la historiografía argentina sobre el proceso revolucionario venía renovándose desde bastante tiempo antes de que comenzaran los festejos del Bicentena-

rio. Así, ya la transición democrática a comienzos de los ochenta había estimulado nuevas lecturas que comenzaron a cristalizar a comienzos de la década siguiente en los aportes realizados por la nueva historia política. Ésta, a su vez, promovió el desarrollo de nuevas líneas de trabajo, las cuales incorporaron otras temáticas de análisis, metodologías y categorías teóricas. Esto permitió que la masa crítica historiográfica arribara a la serie de conmemoraciones de 2010 con una lectura mucho más compleja, densa y problemática del proceso que había tenido en mayo de 1810 un momento clave, pero que era necesario reinsertar en múltiples y más amplias variables temporales, espaciales y sociales.

Así, si estas discusiones han promovido relecturas de la crisis imperial y sus vinculaciones con los distintos sectores de la monarquía en América, está claro hoy que es imposible analizar cada proceso local si no es en las intensas relaciones con lo que ocurría en la Península y, más aún, con las fuertes relaciones regionales que influyeron en la marcha exitosa, o no, de la revolución y la guerra. En este sentido, si existe hoy un consenso sobre la necesidad de volver sobre las especificidades regionales para ver cómo se construyó desde dentro y por sus actores el proceso, también es indiscutible la necesidad de atender a marcos temporales más amplios que aquéllos que remitían sólo al bienio trágico de 1808-1810. Los efectos generados por las reformas borbónicas a nivel regional, son considerados, así, clave a la hora de comprender la actuación ya no sólo de las élites sino de los mismos sectores subalternos de los más variados componentes étnicos.

El avance en los análisis de las características propias tanto de los espacios como de los actores y las coyunturas, cuanto de las particulares manifestaciones que la marea revolucionaria generó en las prácticas y representaciones sociales, políticas y culturales, revela hoy una producción variada y considerable. En este sentido, si ya se ha logrado devolverle la complejidad a la mirada sobre el proceso y abandonar una visión unilineal demasiado preocupada por la teleología de la nación, el desafío es ahora articular estudios que han tenido un foco micro, ineludible para realizar estudios empíricos serios, pero que es necesario comenzar a vincular en clave comparativa, tal como lo ha hecho el citado ensayo de Tío Vallejo. Así, sería interesante profundizar en las intensas conexiones entre los procesos regionales, del mismo modo que entre los actores sociales (élites y subalternos en sus tensiones y relaciones), al igual que comenzar a imbricar las conclusiones sobre las transformaciones político-institucionales, sociales y simbólico-culturales. Y si está claro que aun en este sentido la brecha del camino está ya abierta, y las compilaciones y obras colectivas lo mismo que algunos pioneros trabajos de conjunto son un ejemplo de ello, la tarea es larga todavía.

## Bibliografía

- AA. VV.: “Los historiadores frente al Bicentenario. Número especial dedicado al Bicentenario de la Revolución de Mayo”. En: *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana ‘Dr. Emilio Ravignani’*, 33, 2011, 322 páginas.
- Abásolo, Ezequiel: *La desertión como problema jurídico en los ejércitos en la época de la Independencia. Aspectos de una investigación en curso*. Buenos Aires: Instituto de Investigaciones de Historia del Derecho 1992. 23 páginas.
- Academia Nacional de la Historia: *Revolución en el Plata*. Buenos Aires: Planeta 2010. 568 páginas.

- Acevedo, Edberto: *Revolución en Mendoza. Investigaciones sobre el período 1810-1820*. Mendoza: Facultad de Filosofía y Letras-UNCuyo 1973. 88 páginas.
- Annino, Antonio (coord.): *Historia de las elecciones en Iberoamérica, siglo XIX*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica 1995. 479 páginas.
- “Imperio, constitución y diversidad en la América hispana”. En: *Historia Mexicana*, vol. LVIII-1 2008, 229, pp. 179-227.
- Annino, Antonio/Rojas, Rafael: *La independencia*. México: Fondo de Cultura Económica 2010. 244 páginas.
- Ayrola, Valentina: *Funcionarios de dios y de la República. Clero y política en la experiencia de las autonomías provinciales*. Buenos Aires: Biblos 2007. 254 páginas.
- Barral, María Elena: *De sotanas por la Pampa. Religión y sociedad en el Buenos Aires rural tardocolonial*. Buenos Aires: Prometeo 2007. 234 páginas.
- Barriera, Darío: “Por el camino de la historia política: hacia una historia política configuracional”. En: *Secuencia*, 53, 2002, pp. 163-196.
- Bragoni, Beatriz: *Los hijos de la revolución. Familia, negocios y poder en Mendoza en el siglo XIX*. Buenos Aires: Taurus 1999. 372 páginas.
- “Guerreros virtuosos, soldados a sueldo. Móviles de reclutamiento militar durante el desarrollo de la guerra de independencia”. En: *Dimensión antropológica*, 35, 2005, pp. 95-138.
- “Advertencia”. En: Hudson, Damián: *Recuerdos históricos de la Provincia de Cuyo*. Mendoza: EDIUNC 2008, pp. 7-15.
- “Esclavos, libertos y soldados: la cultura política plebeya en Cuyo durante la revolución”. En: Fradkin, Raúl (ed.): *¿Y el pueblo dónde está? Contribuciones para una historia popular de la revolución de independencia en el Río de la Plata*. Buenos Aires: Prometeo 2008, pp. 107-150.
- “La justice révolutionnaire en Amérique du Sud pendant les guerres d’indépendance. Le procès des frères Carrera (1818)”. En: *Annales. Histoire, Sciences Sociales*, 5, 2008, pp. 949-976.
- *Honor y Patria. La trayectoria del chileno José Miguel Carrera en las Provincias Unidas del Río de la Plata, 1814-1821*. Buenos Aires: Edhasa 2009. 350 páginas.
- *San Martín. De soldado del Rey a héroe de la nación*. Buenos Aires: Sudamericana 2009. 208 páginas.
- Chiaromonte, José Carlos: “Formas de identidad política en el Río de la Plata después de la independencia”. En: *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana ‘Dr. Emilio Ravignani’*, 1, 1989, pp. 71-92.
- *El mito de orígenes en la historiografía latinoamericana*. Buenos Aires: Cuaderno 2-Instituto de Historia Argentina y Americana ‘Dr. Emilio Ravignani’ 1991. 39 páginas.
- *Ciudades, provincias, Estados: orígenes de la Nación Argentina*. Buenos Aires: Ariel 1997. 645 páginas.
- Comadrán Ruiz, Jorge: “Las tres casas reinantes de Cuyo”. En: *Revista Chilena de Historia y Geografía*, 126, 1958, pp. 77-127.
- “Mendoza hacia la Revolución de Mayo (1776-1853)”. En: AA. VV.: *La ciudad de Mendoza. Su historia a través de cinco temas*. Mendoza: Fundación Banco de Boston 1991, pp. 77-115.
- Di Meglio, Gabriel: *¡Viva el bajo pueblo! La plebe urbana de Buenos Aires y la política entre la Revolución de Mayo y el Rosismo*. Buenos Aires: Prometeo 2007. 364 páginas.
- Di Stéfano, Roberto: *El púlpito y la plaza. Clero, sociedad y política de la monarquía católica a la república rosista*. Buenos Aires: Siglo XXI 2004. 270 páginas.
- Fares, Celina: “Tradición y reacción en el Sesquicentenario. La escuela sevillana mendocina”. En: *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, 15, 2011, pp. 87-104.
- Fernández, Sandra/Dalla Corte, Gabriela: *Lugares para la historia. Espacio, historia regional e historia local en los estudios contemporáneos*. Rosario: UNR Editora 2005. 245 páginas.



- Fradkin, Raúl: “Bandolerismo y politización de la población rural de Buenos Aires tras la crisis de la independencia (1815-1830)”. En: *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, 2005, <<http://nuevo-mundo.revues.org/document309.html>> (20 de mayo de 2006).
- (ed.): *¿Y el pueblo dónde está? Contribuciones para una historia popular de la revolución de independencia en el Río de la Plata*. Buenos Aires: Prometeo 2009. 280 páginas.
- Fradkin, Raúl/Gelman, Jorge (comp.): *Desafíos al orden. Política y sociedades rurales durante la Revolución de Independencia*. Rosario: Prohistoria 2008. 157 páginas.
- Fradkin, Raúl/Ratto, Silvia: “Conflictividades superpuestas. La frontera entre Buenos Aires y Santa Fe en la década de 1810”. En: *Boletín Americanista*, 58, 2008, pp. 273-293.
- Frega, Ana: *Pueblos y soberanía en la revolución artiguista. La región de Santo Domingo Soriano desde fines de la colonia a la ocupación portuguesa*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental 2007. 397 páginas.
- Furet, François: *Pensar la Revolución Francesa*. Madrid: Petrel 1980. 255 páginas.
- Garavaglia, Juan Carlos: “A la nación por la fiesta: las *Fiestas Mayas* en el origen de la nación en el Plata”. En: *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana 'Dr. Emilio Ravignani'*, 22, 2000, pp. 73-100.
- Goldman, Noemí: *Historia y lenguaje. Los discursos de la Revolución de Mayo*. Buenos Aires: Editores de América Latina 1992. 150 páginas.
- (ed.): *Lenguaje y revolución. Conceptos políticos clave en el Río de la Plata, 1780-1850*. Buenos Aires: Prometeo 2008. 212 páginas.
- González Bernaldo, Pilar: *Civilité et politique. Aux origines de la nation argentine. Les sociabilités à Buenos Aires. 1829-1862*. Paris: Publications de la Sorbonne 1999. 384 páginas.
- Guerra, François-Xavier: *Modernidad e independencias*. Madrid: MAPFRE 1992. 406 páginas.
- Guerra, François-Xavier/Lempérière, Annick et al.: *Los espacios públicos en Iberoamérica. Ambigüedades y problemas. Siglos XVIII y XIX*. México: Fondo de Cultura Económica 1998. 366 páginas.
- Halperín Donghi, Tulio: *Revolución y guerra. Formación de una élite dirigente en la Argentina criolla*. Buenos Aires: Siglo XXI 1972. 404 páginas.
- Hourcade, Eduardo: “La construcción política de la sociedad en *Revolución y guerra*”. En: Devoto, Fernando/Pagano, Nora (eds.): *La historiografía académica y la historiografía militante en Argentina y Uruguay*. Buenos Aires: Biblos 2004, pp. 15-23.
- Hudson, Damián: *Recuerdos históricos de la provincia de Cuyo*. Mendoza: EDIUNC 2008, t. I, 471 páginas.
- Lida, Miranda: *Dos ciudades y un Deán. Biografía de Gregorio Funes, 1749-1829*. Buenos Aires: Eudeba 2006, 230 páginas.
- Martín, Elvira: “Saavedrismo y morenismo en Mendoza. 1811”. En: *Historia*, 32, 1963, pp. 42-66.
- Mata de López, Sara: *Tierra y poder en Salta. El noroeste argentino en vísperas de la independencia*. Salta: CEPIHA/Facultad de Humanidades-Universidad Nacional de Salta 2005. 367 páginas.
- *Los gauchos de Güemes. Guerra de independencia y conflicto social*. Buenos Aires: Sudamericana 2008. 216 páginas.
- Molina, Eugenia: “Revolución, guerra y vínculos comunitarios. Mendoza y Cuyo entre 1810 y 1820”. En: *Cuadernos del Sur-Historia*, 32, 2003, pp. 145-170.
- “Politización y relaciones sociales en Mendoza (Argentina) durante la década revolucionaria. Conflictos y consensos en la configuración de un nuevo orden”. En: *Boletín Americanista*, 58, 2008, pp. 251-271.
- “Criminalidad y revolución. Algunas consideraciones sobre las prácticas delictivas en Mendoza entre 1810 y 1820”. En: *Boletín de Avances del CESOR (Centro de Estudios Sociales y Regionales)*, 6, 2009, pp. 133-153.

- “La formación de identidades políticas en años de revolución y guerra en el Río de la Plata, Mendoza (1810-1820)”. En: *Desde el Sur. Revista de Ciencias Humanas y Sociales de la Universidad Científica del Sur*, vol. 1, 2, 2009, pp. 381-399.
- “La reconfiguración del grupo dominante local durante el proceso revolucionario en Mendoza (Argentina), 1810-1820. Un análisis a partir de los funcionarios subalternos de justicia”. En: *Secuencia*, 73, 2009, pp. 13-31.
- “Por especie de broma á asustar á la gente. Consideraciones sobre algunas formas de resistencia al disciplinamiento revolucionario, Mendoza (Argentina), 1815”. En: *Revista de Historia de América*, 141, 2009, pp. 113-137.
- Morán, Daniel: “La historiografía de la revolución. La participación plebeya durante la guerra de la independencia en el Perú y el Río de la Plata”. En: *Nuevo Mundo. Mundos Nuevos, Debates*, <<http://nuevomundo.revues.org/61404>> (11 de octubre de 2011).
- Morán, Diego: “Ni indios, ni negros. Discurso político y exclusión social en el proceso de independencia, 1808-1814”. En: *Desde el Sur. Revista de Ciencias Humanas y Sociales de la Universidad Científica del Sur*, vol. 1, 2, 2010, pp. 353-380.
- Nun, José (ed.): *Debates de Mayo*, Buenos Aires: Gedisa 2005. 317 páginas.
- Ozouf, Mona: *L’homme régénéré. Essais sur la Révolution française*. Paris: Gallimard 1989. 239 páginas.
- Pelagatti, Oriana: “Política y religión en la frontera sur de Mendoza. Fr. Francisco Inalicán. 1805-1822”. En: Ayrolo, Valentina (comp.): *Estudios sobre clero iberoamericano, entre la independencia y el Estado-nación*. Salta: Editorial de la Universidad de Salta 2006, pp. 73-92.
- “Los capellanes de la guerra. La militarización del clero en el frente oeste de la revolución rioplatense”. En: Bragoni, Beatriz/Mata de López, Sara (comps.): *Entre la Colonia y la República. Insurgencias, rebeliones y cultura política en América del Sur*. Buenos Aires: Prometeo 2008, pp. 193-216.
- Pérez Guilhou, Dardo (dir.): *Actores y testigos de la Revolución de Mayo*. Mendoza: Ex Libris 2010. 532 páginas.
- Pinto, Julio/Valdivia, Verónica: *¿Chilenos todos? La construcción social de la nación (1810-1840)*. Santiago: LOM 2009. 347 páginas.
- Piqueras, José: “Revolución en ambos hemisferios: común, diversa(s), confrontada(s)”. En: *Historia Mexicana*, vol. LVIII-1, 229, 2008, pp. 31-98.
- Raffó de la Reta, Julio: “Mendoza (1810-1814)”. En: Academia Nacional de la Historia: *Historia de la Nación Argentina. Desde sus orígenes hasta la organización definitiva en 1862*. Buenos Aires: El Ateneo 1947, t. X, pp. 21-96.
- Ratto, Silvia: *Indios y cristianos. Entre la guerra y la paz en las fronteras*. Buenos Aires: Sudamericana 2007. 214 páginas.
- Ravina, Aurora: “Historia provincial e historia nacional: lecturas sobre un vínculo historiográfico complejo”. En: *Historia provincial, historia local, historia regional. Una relectura en clave historiográfica*. (Workshop, Universidad Católica de Córdoba, Argentina), 24 y 25 de agosto 2011, 20 páginas.
- Seghesso de López Aragón, María Cristina: “Real Universidad de Charcas y Academia Carolina. Libertad académica y libertad política”. En: AA. VV.: *Los abogados y la Revolución de Mayo*. Mendoza: IADCEYP 2009, pp. 35-95.
- “Juan Ignacio Gorriti. Reflexiones políticas”. En: Pérez Guilhou, Dardo (dir.): *Actores y testigos de la Revolución de Mayo*. Mendoza: Ex Libris 2010, pp. 107-140.
- Serulnikov, Sergio: “En torno a los actores, la política y el orden social en la independencia hispanoamericana”. En: *Nuevo Mundo, Mundos Nuevos*, 2010, *Debates*, <<http://nuevomundo.revues.org/59668>> (1 de abril de 2011).
- Ternavasio, Marcela: “Nuevo régimen representativo y expansión de la frontera política. Las elecciones en el estado de Buenos Aires: 1820-1840”. En: Annino, Antonio (coord.): *Historia*

- de las elecciones en Iberoamérica, siglo XIX*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica 1995, pp. 65-105.
- *La revolución del voto. Política y elecciones en Buenos Aires, 1810-1850*. Buenos Aires: Siglo XXI 2002. 285 páginas.
- Thibaud, Clément: *Repúblicas en armas. Los ejércitos bolivarianos en la guerra de Independencia en Colombia y Venezuela*. Bogotá: Planeta/IFEA 2003. 571 páginas.
- Tío Vallejo, Gabriela: *Antiguo Régimen y Liberalismo. Tucumán, 1770-1830*. Tucumán: Facultad de Filosofía y Letras- Universidad Nacional de Tucumán 2002. 403 páginas.
- “Rupturas precoces y legalidades provisorias. El fin del poder español en el Río de la Plata”. En: *Ayer. Asociación de Historia Contemporánea-Marcial Pons*, 74, 2009, pp. 133-162.
- Van Young, Eric: “Haciendo historia regional. Consideraciones metodológicas y teóricas”. En: *Anuario IEHS*, 2, 1987, pp. 255-281.
- *La otra rebelión. La lucha por la independencia de México, 1810-1821*. México: Fondo de Cultura Económica 2006. 1007 páginas.
- Verdo, Geneviève: “El escándalo de la risa, o las paradojas de la opinión en el período de la emancipación rioplatense”. En: Guerra, François-Xavier/Lempérière, Annick *et al.*: *Los espacios públicos en Iberoamérica. Ambigüedades y problemas. Siglos XVIII y XIX*. México: Fondo de Cultura Económica 1998, pp. 225-240.
- Wasserman, Fabio: *Entre Clío y la Polis. Conocimiento histórico y representaciones del pasado en el Río de la Plata (1830-1860)*. Buenos Aires 2008: Teseo. 276 páginas.